

*Lo bello no es sino el comienzo de lo terrible,  
eso que todavía podemos soportar.*

Rainer Maria Rilke

—Teniente Griego, lo esperaba.  
—A sus órdenes, mi comandante —balbuceé.  
—Pensé que se disculparía de nuevo,  
es la cuarta vez que lo llamo —me dijo.

Sus ojos me taladraban,  
opté por no contestar.  
¡Las había contado! En fin...  
El comandante Castaños y yo nos cruzábamos de nuevo.  
—Este es su hombre —dijo entregándome la ficha—.  
Ahí está la información que tenemos, complétela.  
—¿No hay un cuestionario?  
—Nos interesan sus actividades,  
pero sobre todo con quién las hacía —  
me acotó mientras recorríamos el pasillo.

Los dos optamos por no hacer mención al pasado.  
Empujó una puerta,  
había una mesa rectangular en el centro de la celda,  
un haz de luz mezquina sobre ella  
y tres sillas.  
No había ventanas.

—Ahora lo traen. Vaya al grano, ¿eh? —  
Se volvió desde la puerta—.  
Hay tres clases de hombres:  
los que se deshilan solo entrar  
(son los muy jóvenes),  
los que hablan con los primeros golpes  
y a los que hay que aplicar la picana.

En sus ojos no había dudas.  
—¿Todos hablan?  
—Tardan más o menos, pero hablan.

Pensé que ser asistente del almirante  
me permitiría evitarlo,  
pero había orden de que todos  
debían pasar por el sótano.  
Era la forma de evitar represalias.  
Se puede juzgar a un individuo,  
difícilmente a un ejército.

Apenas había leído el expediente  
cuando apareció entre dos guardias.  
Vestía una camiseta de algodón  
y pantalón vaquero,  
traía el pelo revuelto,  
barba de tres días,  
y usaba lentes a lo John Lennon.  
Tragué saliva y estrujé la hoja entre mis dedos.  
—Sentate —le dije—. ¿Rodrigo Borja?  
Asintió.  
—¿Por qué estás acá?  
—No lo sé.  
Aunque sobrecogido,  
hacía esfuerzos por mantener la calma.  
Sus ojos tenían el aire extraviado  
que da el hábito de leer.  
—¿No lo sabés? Te ayudo.  
Te delataron Manuel Leiro y Arturo Conde —  
le dije mientras miraba la ficha—.  
¿Los conocés?  
—No, señor —dijo con voz insegura.  
—¿No mientas, hijo de puta!—  
le gritó uno de los guardias.  
Y le asestó una patada  
que lo hizo rodar por el suelo.  
—Sargento, intervenga cuando yo lo diga.  
Ahórese iniciativas.  
—Sí, mi teniente —dijo mientras se cuadraba.  
—Ayúdelo a levantarse. —  
Dejé errar mi mirada,  
no podía fijarme en sus ojos—.  
Si querés, evitaremos problemas.  
¿Qué hiciste para estar acá?  
—Tirar cuatro panfletos en una ocasión,  
pensar más a la izquierda que a la derecha.  
—Nadie está acá solo por pensar.  
—Y poco más.  
—¿Ese poco más qué es?  
—Nada realmente.  
—En la ficha aparecés como integrante  
de una célula del ERP.  
—No es cierto.

—¿Quiénes eran tus compañeros?  
—No es cierto.  
—¿Tenías contacto con otras células?  
—Aunque no me crea... —Se detuvo.  
Puse los codos sobre la mesa.  
—Si no me ayudás tendré que recurrir a otros métodos.  
Necesito los nombres de la gente con la que trabajás.  
Solo eso y te largamos.  
Una esquirra de pintura se desprendió del techo,  
parpadeó bajo el haz de luz  
y se depositó entre nosotros.  
—Esperen —les dije.  
Salí al pasillo y volví a la entrada.  
Necesitaba saber si tenía algún margen.  
—Mi comandante, ¿si delatan se los devuelve a la calle?  
¿Le puedo prometer...?  
—Teniente, de acá no sale nadie —  
me interrumpió—.  
Sáquele sus amigos,  
gente con la que salía,  
números de teléfono.  
Este no usa agenda,  
lo lleva todo en la memoria.  
—¿Así?  
—¿No matan ellos así? —dijo tajante.  
—¿Y los inocentes?  
—No hay inocentes, teniente.  
Recorrí de vuelta el pasillo,  
no había puertas, ni vanos.  
Me senté frente a mi víctima.  
—¿Lo pensaste?  
—No hice nada.  
—Tus amigos no dijeron eso de vos,  
en tu casa apareció una impresora manual.  
—¿Qué? —repuso.  
—Una vietnamita, en el patio de luces de tu casa.  
Se supone que la arrojaste por la ventana —le dije.  
—O cualquier otro de la casa.  
—Seguro, tenía tus huellas dactilares —aventuré,  
aunque nadie se había preocupado por comprobarlo.  
Se quedó callado un instante intentando medirme.  
—No era mía —terminó por decir.

Señalé mis papeles.

—Aunque ibas a acabar haciéndolo,  
acá no aparece que mataras a nadie.

Tú no, pero un amigo tuyo sí.

¿Te acordás de Fernando, el bedel de segundo año?

Apareció muerto entre los setos de boj  
de la Facultad de Matemáticas.

—Yo no fui.

—Pero sabés quien fue.

—No.

—Pues tus amigos no dicen eso.

Estuvimos forcejeando el uno con el otro un buen rato.

Hice una señal

y desapareció bajo un torbellino de golpes.

El sargento era incapaz de dosificar la violencia.

Toda la agresividad concentrada de una vida mediocre  
estallaba con la furia de una descarga eléctrica.

—¡Basta! —ordené.

Yacía en el suelo retorciéndose de dolor.

Fue adquiriendo la posición fetal.

Le dejé un tiempo para que se recuperara.

—Siéntelo.

Un relámpago de odio lo sacudió,  
fue solo un instante.

Sus ojos no planteaban un desafío que era imposible,  
buscaban protección.

—¿Lo pensaste mejor?

—Tiene que crearme, no hice nada.

—¿Qué hace tu padre? —Intenté llevarlo a otro lugar.

—Es electricista.

—El tío de Einstein era electricista —le dije.

—¿Qué?

—Nada. ¿Tenés hermanos?

—Una hermana.

—¿Por qué te metiste en esto?

Tomé otra vez el expediente en mis manos.

—No me metí en nada.

—¿Y los libros que tenías en casa?

*El Estado y la revolución, ¿Qué hacer?...*

—Es una biblioteca de un estudiante de economía.

—No sé qué economía se aprende

con *El Estado y la revolución*.

—Pero no pertenezco a nada, ni hice nada.

Se hizo un silencio.

—¿Cómo se llama tu hermana?

Me miró.

—Leonor —dijo en un soplo.

—¿Vive con vos?

—Sí, estudia biología, está en primer año.

Un alarido de dolor

traspasó como una lanza negra los corredores.

—¿Ves? Si no me ayudás...

—Es que no puedo ayudarlo, todo es un error.

Miró atemorizado una camilla con sujeciones de cuero

oculta en el ángulo.

—Sos vos el que elige.

—No puede hacer esto.

Yo estaba anonadado,

era incapaz de sentir el odio generalizado del comandante.

Hice llamar al especialista

y le pedí que evitara la sangre.

—Hay métodos simples muy eficaces —me dijo.

Le puso tres lápices entre los nudillos

y los presionó entre sí.

Borja se retorció como una serpiente partida por la mitad.

Después de un tiempo, el especialista se detuvo.

Yo no podía mirar a Borja.

Mis ojos erraban de un lado a otro.

—El dolor tiene un límite,  
más allá se cae en la inconsciencia —  
lo oía entre brumas—.

Le clavaré agujas entre las uñas y la carne,  
no produce derramamiento de sangre.

Empezaré por los pies.

Me apoyé en la pared para no caerme,

la sentí moverse,

los minutos se deslizaban lentos como helechos.

Estaba convencido de que todo era un error.

El comandante Castaños entró y se lo dije.

—¿Qué dice, teniente?

Imágenes que no reconocía, estaban tan ocultas,

se agolpaban ante mí...  
Cuando, en el río al lado de casa,  
les arrancaba las ancas a las ranas  
y sus ojos me miraban inmóviles.  
Y les cortaba el rabo a las lagartijas,  
les dejaba apenas la cabeza.  
De noche soñaba que crecían  
y se acercaban amenazantes,  
hasta que estallaba en un grito  
y mamá venía a salvarme.  
Cuando nacieron los gatitos  
luchamos con ahínco  
para que mamá los dejase vivir,  
pero inapelable había dicho:  
—Si no lo hacen ustedes, lo hago yo,  
no los quiero en casa.  
Los llevé al río  
con el sabor agridulce de los juegos violentos,  
los metí en cajas de zapatos,  
cada uno en la suya,  
las dejé con cuidado en el río  
y los seguimos por la orilla, entre los cañaverales,  
hasta que el agua empezaba a empapar el cartón  
y a engullirlos.  
Aún los oigo maullar quejumbrosos  
y mirarnos con aquellos ojos empañados,  
subidos a los bordes de las cajas.  
Era un día de invierno frío y soleado.  
Cuando volvíamos  
aún había restos de escarcha.  
Parpadeos de sombras.  
  
Ordené al médico que lo cuidara  
y, envuelto en una marea rugiente de recuerdos,  
volví a recorrer los pasillos  
como si hubieran transcurrido años  
desde que entré.  
Me crucé con el capitán Arenas que me miró inquisitivo.  
—¿Qué sucedió?  
Me encogí de hombros,  
hice un gesto de desolación con las manos  
o los ojos, qué sé yo,

respiré hondo.  
Lo entendió todo.  
—Lo han dejado en manos de inexpertos.  
Si además no es necesario hacer esto...  
Los viejos, los más experimentados, son correosos,  
a esos no les sacás nada fácilmente.  
Pero si son jóvenes ya están asustados,  
no hace falta asustarlos más.  
Tenés que caerles bien,  
ponerte en su piel.  
Enseguida percibís a un tipo vulnerable  
que busca negociar con vos.  
Siempre hay uno que hace gestos,  
como pedir un cigarrillo.  
Hay que pactar con él.  
Les decís:  
«Mirá, no te pedimos que cuentes lo de los otros.  
Vos explicá lo tuyo  
y olvidate de los demás».  
Lo compensás con favores pequeños: una cerveza,  
dejarlo ir al baño cuando lo pida.  
A los otros los desarmás contándoles lo que el primero dijo  
y lo que sabemos de él.  
Luego, cuando bajan la guardia,  
podés ampliar el área de preguntas  
y enterarte de otras cosas.  
Hay que tener tiempo,  
pero se consiguen las mismas cosas  
y no te embadurnás de mierda.  
Estos chicos viven en un mundo ficticio  
en el que los únicos que tenemos verdadera presencia  
somos sus perseguidores.  
Se desmoronan cuando los agarrás,  
hay que tener mano y experiencia.  
Torturar a un hombre es un asunto duro  
y pesa,  
por blindado que te sientas  
o por muchas razones con las que te justifiques,  
pesa.  
Esta gente no está preparada para esto.  
Esto es cosa de policías, no de militares.  
El capitán Arenas, de la policía,  
nos había dado clases de derecho el último año.

Era un caballero para el que las maneras conformaban la esencia del derecho.

«Los ritos nos separan de los animales».

Había dejado no sé cuánto de mí allá adentro.  
Estaba asustado de lo que sentía.  
Sospechaba que anhelamos amor  
pero veía que, también,  
el placer de matar.

Amanecía sobre aquellas calles de oprobio.  
Dejé atrás el muro de sombras de la escuela.  
Me había cambiado,  
estaba prohibido vestir uniforme fuera de servicio  
para evitar atentados.  
Anduve contra la memoria y el viento  
que azotaba mi rostro.  
Varado en la niebla como un viejo trasatlántico  
me agarré al *Café Latino*.  
Me así a la barra,  
la noche arrojaba allá a sus amantes.  
El *jukebox* destilaba la promesa de un tango.  
Pedí una tila.  
Un individuo, doblado sobre su copa,  
me interrumpió.

—¡Eh! ¿Quién eres?

Repté entre los cascotes de mis recuerdos.

—Un náufrago —

dije, brusco, para desprenderme.

—Quiero decir, ¿qué haces?

—Escribo en un periódico —vacilé.

—Escritor.

—Escribiente, diría. Y vos, gallego, ¿no?

El acento era inconfundible  
y volteé la cabeza para evitar que siguiera.

—Uno no puede ocultar el rastro —insistió.

—¿Gallego de dónde?—

pregunté ausente.

—Donosti.

—¿Donosti?

—En el norte.

—¿Cerca de Portugal?

—No, no, en Euzkadi.

—¿Euzkadi?

—País Vasco.

—¡Ah! Cerca de Francia. Bueno, gallego.

—Gallego —dijo resignado. Y añadió—:

Descubrí España aquí en América,  
había más de lo que yo pensaba detrás de esa palabra.—  
Entornó los ojos—.

¿Decías náufrago? —

Se me quedó mirando sin esperar respuesta—.

Dos náufragos —me indicó con los dedos —.

Huí de una pesadilla para encontrar la misma.

Hice el necio; hacemos el necio en todos lados,  
sobre todo de muchachos, ¿no crees?

Es una edad ridícula.

En la mesa de al lado dos estudiantes  
comentaban algo entre carcajadas,  
más allá dos putitas se contaban una historia de amor oxidada.  
Pedí un jugo de manzana  
y me fui a casa.

La niebla me quemaba.

Me detuve en la florería.

Llamé.

Rosa salió de la trastienda.

—Vi luz por las hendijas —le dije.

—Por favor, pase.

—Quería llevarme una planta.

—¿Alguna en especial?

—Crisantemos.

—Tengo uno malva muy bello, venga conmigo.

Rosa era una mujer de edad mediana,  
con el pelo blanco antes de tiempo  
recogido en un moño desordenado, a lo Brigitte Bardot,  
traje Chanel,  
frágil, como de antaño.  
Me pasó a la trastienda  
y salimos al patio.

Lo había cubierto de cristal.

—¿Las cultiva acá?

—No, las cultivo en un invernadero más allá del Tigre.

—Qué linda tiene la tienda.

—Los vecinos me dejaron hacerlo,  
pensaron que hacía la casa más bella.

—Pues acertaron —le dije.  
—Acá está el crisantemo, ¿le gusta?

Había empezado a llover,  
oí sobre el cristal los pies descalzos del agua.

—Huele a jazmín —le dije.  
—Es una gardenia. ¿Quiere que le envíe el crisantemo?  
—No, no, lo llevo yo.  
—Le regalo una estrelicia. Recórtele el tallo cada día,  
dura mucho —dijo cuando me iba.

—¡Qué macana!

El ascensor estaba descompuesto,  
subí con el tiesto los ciento catorce peldaños.  
Entré sofocado y lo dejé al lado de las poinsetias.  
Me había mudado hacía poco  
y ya había plantas por todos lados,  
fucsias, ciclámenes, anturios...

—¿Qué hiciste? Agarraste el polvo de todas.  
Era una sansevieria tersa, lentísima como la arena.

—Rosa me dio una idea.  
Cubriré la terraza y les haré un invernadero.

Mi tía, que se pasaba el día con ellas,  
me había inoculado el virus de hablar con las plantas.  
Cerré las persianas,  
me senté a la mesa de estudio.  
No pude evitar poner tres lápices entre los nudillos  
y presionar con fuerza.  
El dolor era atroz.  
Me acosté,  
tomé dos pastillas de una benzodiazepina.

Cuando desperté era de noche.  
Volví a la escuela.  
La celda estaba vacía.  
El destino podía ser adverso  
pero vi siempre en él a la naturaleza, al viento.  
En aquella celda, sin embargo,  
experimenté ahogo por primera vez.

—No me haga daño —me suplicó.  
Lo miré con dolor.

—¡Vamos! Decime lo que hacías.  
—No sé.

—¿Conocías a Arturo Conde?  
—No.

—¡Me crispás los nervios!  
¿Creés que me gusta hacer esta mierda?

Extendí mis dedos con desespero,  
un temblor lo poseyó,  
ordené aplicar la picana.  
No tenía interés en averiguar los nombres que obsesionaban  
al oficial de seguridad.

No sentía sus urgencias ideológicas  
ni coincidía con la represión generalizada.  
Lo torturaba porque no tenía alternativa.  
Aunque quizás no hubiese otra forma  
de detener a esos iluminados.  
¿Serviría para algo?  
¿O los eliminaríamos  
para mantener la misma situación de fracaso  
que provocaría el mismo estallido dentro de veinte años?  
Me molesta la violencia inútil.

Por supuesto que habló.  
Di los nombres al comandante con asco hacia mí mismo.

—¿Qué van a hacer? —Rodrigo me preguntó  
cuando volví a la celda.

—Te curarás y olvidarás todo esto.

—De acá no sale nadie —afirmó.

—¿Quién dice eso? —le contesté.

Se oía el batir de una puerta.

—Teniente, ¿quiere hacerme un favor?

Mi hermana no hizo nada,

dígale que se vaya.

—Se lo diré.

—¿Seguro?

—Te lo prometo.

Necesitan creer que los ayudarás.  
Somos su clavo ardiendo al que se agarran aunque se quemem.  
Yo no podría enfrentarme a los ojos de su hermana  
pero enviaría a alguien.  
Esperé un tiempo.  
No se oía nada,  
ni el batir de la puerta.

Manuela se había ido un día de invierno  
con su valija de madera.  
Se había vuelto para decir adiós con la mano.  
Impotente, me eché a llorar,  
no entendía nada.  
Mamá, al lado, decía que Manuela era mayor,  
que se iba cansada.  
No la creí.  
Estaba seguro de que había razones que no me decían.  
Desde la ventana la vi perderse en la bruma.  
Había sido, con mi hermana,  
la sola persona que no me había fallado.  
Poco después, a Jael la enviaron a un internado a Inglaterra.

Cuando me di cuenta, estaba en el puerto.  
Se echó a llover.  
Me subí el cuello y anduve bajo la lluvia  
hasta que llegué al Café Latino.  
Me hice camino entre las sillas hasta la chimenea,  
era uno de los pocos lugares que la habían conservado.  
En la mesa junto al fuego en la que solía sentarme  
había una muchacha.  
Vacilé pero me quedé al lado,  
el fuego me atraía como un imán.

—Estás empapado —la muchacha me abordó—.

¿Qué hiciste?

—No hay árboles en Buenos Aires —le contesté.

—¿Qué?

—Llueve —repuse.

—Vas a pescar una pulmonía.

—Qué más da —dije ausente.

—Tomá algo caliente  
y ponete acá al lado del fuego —insistió.

La miré indeciso pero me arrimé a su mesa.

Entonces me fijé en su camiseta.

Sobre el perfil de Corto Maltés llevaba grabado:

«¿Sos vos mi príncipe o sigo buscando?».

No pude evitar una sonrisa.

—¿De qué te reís?

—Nada —dije, pero seguí sonriendo.

—¿De qué te reís? —insistió.

—Lo que llevás escrito.

Se miró.

—¡Ah! La compré en San Telmo.

—Tiene gracia.

—Sí, a mí también me gustó.

Sos parecido a Corto Maltés.

—¡Ah! —exclamé.

Nunca me lo habían dicho y no supe qué decir.

—¿Cómo te llamás? —continuó.

Dos leños crepitaban hipnóticos en la chimenea.

—Juan —acabé diciendo—, ¿y vos?

Asustada de su osadía, vaciló.

Sus ojos eran ocres.

Se puso a enrollar un rizo en el dedo,  
miró el reloj.

—¡Ay! Tengo que irme. —

Agarró el bolso, una versión de mochila, y se levantó—.

Bailo acá al lado —dijo azarada—.

¿Por qué no venís cuando te seques?

Al Viridiana. Me llamo Sofía —  
se decidió a decirme desde la puerta.

No tenía nada mejor que hacer

y fui cuando estuve seco.

Bajé unas escaleras

y detrás de un rótulo de neón y de una cortina

encontré un espacio rectangular.

En el medio había un escenario,

sobre él un piano y alrededor las mesas.

De una sencillez inusual en un local nocturno

y, sin embargo, tenía hechizo,

la luz producía la alquimia.

Estaba lleno.

Un muchacho con un chino gris y una camisa a tono  
me encontró una mesa en el ángulo.

En la mesa de al lado reconocí a Ricardo  
entre varios estudiantes que hablaban afebrados,

ajenos por completo al espectáculo.

No me vio

y yo tampoco hice esfuerzos porque me viera,

les di la espalda, no quería encontrarme con nadie.

Sobre el escenario una danza enérgica,

*bossa nova, jazz, punteada por un piano*

a lo Thelonious Monk  
y coreografiada por un amante de Fosse.  
Dos cañones de luz bailaban un tango.  
Distinguí a Sofía.

—Martínez de Hoz va a dismantelar  
lo que no hemos logrado en veinte años de desórdenes.  
De la industria argentina no va a quedar ni el recuerdo.  
El peso está por encima de su valor,  
como tantas veces acabará con una devaluación brutal.  
Me asusta lo que podemos hacer en este país.  
¿No querían a los militares?

Me pareció una voz conocida, me volví.  
Era don Álvaro, entre aquel grupo de estudiantes.  
Todo Buenos Aires estaba allá.  
Me hundí más en la sombra.  
Don Álvaro continuó:

—Vi cómo imprimían moneda  
para pagar extras  
o comprar tanques que nadie usaría.  
La inflación viene después,  
devalúan el peso,  
¡hala!  
Otra estafa a los ciudadanos.  
¿Y cuántas van?

Ricardo puntualizó:  
—Pero tenemos la culpa. Queremos tener pensiones,  
hospitales públicos, escuelas,  
queremos todo sin pagarlo.  
La burguesía no ha asumido nunca su función:  
ni ha ahorrado, ni ha invertido,  
ni ha pagado impuestos.  
Si no es capaz de dibujar un sueño  
que todos puedan soñar,  
si no es solidaria,  
¿cómo se le puede pedir a los de abajo que lo sean?  
No hay quien construya una comunidad así.  
Esta es una nación fallida.

Don Álvaro le dijo:

—Yo no comparto ese análisis.  
La burguesía no tuvo la oportunidad de acabar la faena,  
Perón segó esa posibilidad.  
—Y vos, ¿cómo hacés, cómo resistís el peso tan alto?  
—He pasado tantas que me inmunicé. Sirvo desde Perú,

si solo fabricase acá estaría arruinado.  
—¿Cuántas tiendas tenés ya?  
—Muchas.  
—¿Ya abriste en Nueva York?  
—Sí.

Las bailarinas vestían mallas negras  
con calentadores fucsias, verde limón, como en un gimnasio,  
de una ingenuidad inusual en la noche porteña.  
En el intermedio Sofía se acercó a mi mesa.

—Esto era un teatro,  
la última obra que representamos  
fue *Las criadas* de Genet.  
Tuvimos problemas  
y el jefe decidió cambiar. ¿Te gusta?  
—No está mal.  
—Te lo dije. Hace música, escribe,  
tiene mucho talento, es gallego.  
—¿No será vasco? —le dije.  
—Creo que sí, ¿por qué?  
—Conocí a uno.  
—Hay muchos en Buenos Aires. Está sentado allá. —  
Lo señaló—. ¿Es ese?

Asentí.

—¿Querés que lo llame?  
—No, no. Lo que bailás me recuerda a Bob Fosse  
en *All That Jazz* —le dije—.  
Es que me chifla Bob Fosse.  
¿Quién hizo la coreografía?  
—Un poco yo, bueno, más bien yo. Él montó la música.  
—Bailás muy bien —le dije.  
—Bailo desde chiquita.

Una muchacha de voz húmeda  
comenzó a cantar en el escenario.  
Su voz reptaba por los haces de luz, como el humo.  
Un saxo la acompañaba promiscuo, a veces furtivo,  
pasaba del tango al bolero, a la salsa...  
Su voz te arañaba.  
Un chorro de luz cayó sobre ella.

—Tiene una voz oscura, con timbre —dije.

Sofía matizó:

—Amplificada con un micro.  
—¡Ah!



—¿Así es mucho más fácil!  
—¿Tomás algo? —dije a Sofía.  
—Tengo que dejarte, vuelvo a entrar.  
—¿Cuándo terminan?  
—A las once.  
—¿Te espero?

Hizo un mohín y volvió al escenario.  
Sobre el saxo trezaba sus movimientos ondulantes,  
pronto inarticulados,  
con esa comicidad de Fosse.  
Don Álvaro y su acompañante se levantaron.  
Se acercó a Ricardo.

—Dale un abrazo a tu padre —oí que le decía,  
y le estrechó la mano.

Me encogí más en la sombra.

—¿Quién es? —le preguntaron a Ricardo  
cuando volvió a sentarse.  
—Un amigo de mi padre.  
—Un depredador, supongo.  
—No empieces, ¿eh? —dijo Ricardo.  
—¿Si tú serás siempre de la *gauche caviar*! —le reprocharon.  
—¿En qué pensás? —me sobresaltó Sofía.  
—¡Ay! En nada.

Me levanté.

En la puerta se puso un impermeable de nailon y salimos.  
La niebla descendía levísima.

—¿Vivís cerca?  
—Acá al lado.  
—¿Hace tiempo que trabajás acá?  
—Casi un año.  
—¿Siempre hiciste...?  
—Sí... teatro, danza, mimo, esas cosas.  
—¿Y tenés éxito?  
—De aquella manera. No logré...

Aunque estoy empezando a pensar que el éxito sucede  
cuando se establece una relación  
entre la mediocridad de los artistas  
y la mediocridad del público.

Reí.

Se detuvo ante un edificio neoclásico, en Libertador.  
Indicó un mirador que daba al río.

—Vivo allá arriba —vaciló.

—¿Querés que suba? —osé decir.  
—No sé si debo, se supone que una chica  
no recibe en casa la primera vez.

Me disculpé.

—La verdad es que no me importa.  
Alguna vez hay que ser mala.  
Además, las actrices podemos ser malas.

Rio nerviosa.

La escalera modernista se encaracolaba en la penumbra.  
Introdujo la llave por la hendija de luz.

—Dejo una lámpara encendida —me dijo.  
—¿Es tuyo?  
—Oh, no, alquilado.  
—Debe de ser carísimo, ¿no decías...?  
—Me lo paga un amigo.  
—¿Qué amigo? ¿Vivís con él?  
—No, no, vivo sola.

La miré inquisitivo.

—No voy a atar mi vida a nadie.

Había en ella un no sé qué secreto e indefenso  
que la desmentía.

Un espejo cubría la pared.

Enfrente la barra de gimnasia.

Apenas objetos.

En el ángulo una acuarela, el esbozo de un cuerpo.

En la mesilla de luz *La edad de la inocencia*.

—Qué vacío todo —le dije.

—Las cosas acaban pesando,  
no quiero tener cosas que me obliguen  
a hacer lo que no quiero.

Me la quedé mirando.

—Trabajé en un banco seis meses, ¡horrible!

Prefiero no tener nada

que trabajar en lo que no me gusta.

Además, el espacio es mi lujo,

los bailarines solo necesitamos espacio. ¿Y vos?

—¿Yo?

—¿Qué hacés?

—Profesor de Matemáticas —vacilé.

—A mí me gustaban, pero luego las dejé.

—¡Una pena!

Es como un juego. A partir de movimientos codificados,

de unos axiomas, construís un mundo.  
¿En qué momento alguien dejó de usar los dedos  
para contar y escribió números?  
Fue el salto más importante de la humanidad.  
¿A quién se le ocurrió usar símbolos  
para representar cantidades?  
Parece que fue un sumerio,  
incluso antes de la aparición de la escritura.  
Las matemáticas a veces son ilógicas,  
llegás a contradicciones,  
pero funcionan fatalmente.  
La naturaleza parece hablar un lenguaje matemático.

Sofía me miraba burlona.

—¿Sabés? La sabiduría me perseguía  
pero yo era más rápida.

Me eché a reír.

Se me quedó mirando.

—¿Vos no estudiaste en el Balmes?

—Sí —le dije extrañado.

—Tu cara me decía algo.

—¿También estudiaste allá? —le pregunté.

—Sí.

—¿De qué año eras?

—Me gradué en el 68 —Sofía me contestó.

—Te llevo dos años,

tuvimos que cruzarnos cientos de veces

pero no te recuerdo —le dije.

—Éramos muchos.

—¿A vos te llegó a dar el Cagaesmeraldas? —le pregunté.

—No, solo daba clases

a los de ciencias puras —dijo Sofía.

—Ah, claro. ¿Quién te dio a ti? ¿Te tocó el Afrancesado?

—El Afrancesado, sí, pero todas seguíamos las batallas  
que se traía con el Cagaesmeraldas.

—Era buenísimo, los dos eran buenísimos —dije.

—Pero me dijeron que se llevaban muy mal.

—Yo creo que hacían teatro —contesté.

—¿Lo creés?

—Los vi una vez juntos

y no parecían mostrar hostilidad —dije.

—Mirá que si se concertaban...

—No creo.

—Pero seguro que se reían entre ellos.

—El Afrancesado tenía más sentido del humor —dije.

—Sin duda.

—El profesor de Ética también era muy bueno.

—¿Cuál?

—Don Perfecto.

—A mí no me tocó.

—Y el de Música.

—¿Don Miguel?

—Sí.

—Eran buenísimos.

—Yo volvería al colegio,

después no tuve profesores como aquellos.

Fue un momento... Siempre pienso que en Atenas,

en el siglo V antes de Cristo,

te cruzabas por la calle con Pericles,

con Fidias, Aristóteles, Platón,

Tales de Mileto desembarcaba en el Pireo...

Hay momentos y lugares mágicos,

aunque hablar de Atenas desde Buenos Aires

es soñar —le dije—.

Pero quizás no desde el Balmes,

es un milagro de colegio.

Nos quedamos callados

con la complicidad que te da compartir un pasado común.

De pronto me preguntó:

—¿Qué te pasó anoche?

—¿Qué?

—¡Tenías una cara!

La luz se hacía inminente.